

R U S I A

¿ES UNA REALIDAD, O ES UNA SOMBRA?

Por el Capitán J. J. HARDING, B. E. M.

(De Royal Air Force.)

Introducción.

Sobre el mundo se proyecta hoy una sombra: la sombra de Rusia. Se proyecta sobre la mesa del desayuno al igual que sobre las mesas de las conferencias oficiales. Se asoma a la mente de los políticos, pareciendo burlarse del poder que los votos fueran a dar. Envía estrategas en busca de nuevas defensas para lo que ayer se creía que eran zonas seguras para establecer bases.

¿Hay alguna realidad tras esta sombra? ¿Hay un pequeño cuerpo proyectando una gran sombra bajo los rayos del sol poniente de la Democracia? ¿Existe realmente un núcleo inmenso que guarde una proporción real con esa sombra? ¿O hemos tropezado y trabajamos duramente con un duende de la noche, como los niños cuando están demasiado fatigados?

Existen muchos motivos para pensar en Rusia y en el comunismo marxista, en la aceptación o no de este último, y existen pocos esfuerzos para atajarlo. Tanto Rusia como el comunismo marxista figuran en un mismo paréntesis; son aceptados o rechazados, se especula con ellos y sobre ellos; pero nunca se les trata y se les ataca en forma directa. Rusia está considerada ya como un enemigo en potencia, y el comunismo, como un mal presente sobre el cuerpo político, que puede aliviarse cuando brota, pero no curarse del todo. Antes de que definitivamente se someta alguien a ese pavoroso terror, debe ser examinado debidamente a la luz del sol.

¿Es una nueva historia, o es una nueva fase de la misma antigua historia? Pero contéstese primero a esta otra pregunta: ¿Es

esta la primera vez en la Historia del mundo que Rusia proyecta una tal sombra? ¿O es la etiqueta del "comunismo marxista" lo que está unido al antiguo espectro asiático?

La verdad es que no se trata de una cosa nueva. La *neutralidad armada* de 1800; las guerras de Afghan de 1839-49; la política de Canning, en Morea, en 1827, y de Gladstone, en Afghanistan, en 1885; la preocupación de Pitt y de Russell sobre Prusia en 1791 y 1853; nuestro fracaso en apoyar el movimiento de libertad eslava en los Balcanes en 1878; nuestra alianza con el Japón en 1902; todo ello constituye, en realidad, una serie de chapuzas políticas para reprimir a Rusia. Y después de la primera guerra mundial, ¿no fué, acaso, nuestra más lamentable chapuza la campaña de ayuda a los rusos blancos?

Los Estados Unidos de América, también, en cierto modo, actuaron igualmente; su doctrina Monroe de 1813 nació, en realidad, por temor a los designios de Rusia en el litoral del Pacífico.

La verdad es que si se trata de un duende nocturno, la noche va siendo ya curiosamente larga.

¿Tenemos nosotros la culpa del menosprecio que la familiaridad engendra? ¿Hemos convertido el temor en un hábito?

Debemos recordar que el temor es hermano del odio, y de ese lado está la destrucción.

Rusia por dentro.

En segundo lugar, parece ser cosa comúnmente aceptada que detrás del telón de acero se encuentra un país del que sabemos

poco o casi nada. Contemos los libros, los folletos y los artículos que se han escrito sobre este asunto; algunas personas tienen mucho que decir ¡sobre nada! La verdad es que hay miles de hechos sobre los cuales podrían basar deducciones, tanto la política como la estrategia. Pero, al igual que los avestruces, preferimos conservar la cabeza metida bajo la arena y decir que estamos desconcertados por los eslavos.

Resumiendo todo lo que sabemos, aparecen en primer plano tres aspectos principales de la vida en el interior de Rusia, que afectan claramente a nuestras relaciones. Hay suciedad en muchas y grandes zonas, debido al éxodo de población del campo a la ciudad. Este movimiento es paralelo al que dió lugar a los barrios bajos en Inglaterra a principios del siglo XIX y a ciertas llagas que todavía están sin curar. Estos barrios bajos no son fácilmente aceptados por ningún régimen; no tiene la culpa ningún Gobierno, ni es un reflejo exclusivo del comunismo. Son el resultado de una inmigración en masa que escapa al control de cualquier partido o facción. El Gobierno comunista tiene parte de su actividad puesta en resolver esa situación, e incluye los proyectos de construir viviendas en su economía total. Los barrios bajos desaparecerán oportunamente; pero de momento subsisten, para bien o para mal de sus ocupantes.

De otro lado está una completa ignorancia por parte de la mayoría de las gentes respecto a nuestras vidas.

La primera reacción contra esto es antigua: "¡Demos gracias al Cielo por nuestra libertad de Prensa!" Pero ¿disculpa aquella ignorancia el hecho de una poderosa censura? ¿Estamos acaso nosotros mejor enterados respecto a la vida de ellos? Aparte de los titulares casi bélicos, ¿qué noticias acerca del interior de Rusia nos ha traído alguna vez nuestra Prensa? Cierto que la ignorancia de los rusos no es atacada con la verdad por parte de los gobernantes comunistas; pero poca falta les hace. Nuestra Prensa traería, seguramente, más noticias de las estepas si se le exigiese; pero en Inglaterra, como en todas partes del mundo, las noticias más leídas son las noticias mejor comprendidas. Esto quiere decir que los acontecimientos de otros países tienen que ser espectaculares, casi a la altura de los

terremotos, para lograr aparecer en nuestras columnas. Ahora bien, Rusia no es justamente una nación y un Estado. Dieciséis repúblicas están a punto de formar ese imperio. Dieciséis vecinos con idioma, creencias y costumbres distintos, pero aun así, unidos. Un acontecimiento nacional de envergadura en el Azerbayán puede excitar a la Prensa de Georgia y, en cambio, ser noticia de última página en Ucrania. Los titulares se llenan fácilmente, se leen ávidamente sin mucha presión gubernamental, excluyendo las noticias de Occidente. Los titulares nuestros vienen a ser por el estilo. ¿Qué espacio queda, pues, para el pleno conocimiento de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos?

Verdad es que Shakespeare y Dickens son ampliamente leídos por los inteligentes; pero como trozos escogidos del festín internacional de literatura, no para divulgar los conocimientos nacionales.

En la vida política rusa existe la aceptación plena del gobierno comunista. Es un gobierno de una minoría, pues de los 160 millones que se calculan, sólo unos seis millones, a la sumo, son miembros del partido; y el ser socio es esencial para sostener la labor del Gobierno. El resto podría llamarse fácilmente "socialista", con visos de acierto por las nociones que tenemos.

Se predica el comunismo, y el objetivo del partido es la eventual conversión de todo el pueblo de la Unión de Repúblicas Soviéticas. Pero en la actualidad el socialismo es la religión política interiormente.

Sin embargo, como el partido es quien mangonea el Gobierno en todos los sectores, y las dieciséis repúblicas hablan con una sola voz, mediante consentimiento forzado común, exteriormente, para la opinión del mundo, Rusia es comunista.

Esto está aceptado, y quizá comprendido vagamente, por todos los de dentro; nosotros no podríamos aceptarlo, ni tampoco podemos concebir fácilmente la mentalidad que lo acepta.

Pero en un país que nunca tuvo "una revolución completa", sino sólo cambios de un tipo de autocracia a otro tipo también de autocracia, y donde la elección de gobernantes no significa en forma alguna votar a

hombres para crear una política popular, sino más bien meter en la oficina a aquellos que darán forma a una política, la gente tiene hecha una idea tradicional de *un firme Gobierno central* que nunca deberá criticarse, ni mucho menos ser atacado (al menos que tal Gobierno se exaspere y muestre debilidad).

Por tanto, no hay "básicamente" en Rusia ningún núcleo de resistencia anticomunista, aunque, paradójicamente, la gente no votaría al Gobierno comunista si se permitieran candidatos "socialistas".

Aceptan de sus gobernantes el dictado de: "Somos más listos, estamos mejor dotados y tenemos más experiencia que ustedes. Tenemos inclinación y habilidad para gobernar. Por tanto, está claro que conocemos mejor la política que ustedes deben seguir. Dejados hacer. Si no nos dejáis, sois unos niños locos y hay que disciplinaros" (1).

A lo mejor, probablemente el ruso considera su elección como una pérdida de tiempo, un cumplido para con sus gobernantes; pero honradamente acepta la ausencia de rivales, como claro indicio de que la poda se ha hecho para él y que los mejores hombres para esas tareas aguardan su voto.

Por tanto, en el interior de Rusia vemos un país en el que:

a) La perfección y el paraíso no han llegado todavía y existen cosas malas además de los ideales alcanzados. Por tanto, puede haber también descontento, que debe ser aplacado o suprimido, según sea oportuno. Y puede que sea oportuno distraer la atención del fracaso de la economía interior mediante una vigorosa acción en el extranjero. Gran Bretaña puede ser el flagelador de la aplicación de la sanidad de Bokhara; aunque Moscú sabe muy bien que las guerras no reparan las brechas y salideros, sino que solamente retrasan las reparaciones.

b) La ignorancia del mundo exterior no

está más difundida que en cualquier otro bloque de naciones comparable; pero en cualquier otra parte la vigorosa curiosidad manifestada por unos pocos es alentada y alimentada, y con el tiempo quedará satisfecha; en Rusia no ocurre así.

c) El carácter ruso dejará a los comunistas el poder sin quejarse todo el tiempo que se mantengan firmes, ofrezcan planes progresivos y parezca, al menos, que se ocupan de todo aquello que no esté bien resuelto.

¿Qué es el comunismo?

El comunismo es una creencia positiva. Parece ofrecer alivio a la agonía del hombre que tiene un deseo frustrado de mejora en su tiempo, aunque en su generación es incapaz de utilizar la mejora. En la atracción de aquellos que no lo comprenden completamente estriba el mayor peligro.

En todo el mundo la gente no acepta ya la pobreza como inevitable, ni la miseria como un sino nacional. El cruce de la frontera le acelera a buscar a ciegas una nueva vida. Solamente *el comunismo* ofrece una acción inmediata, positiva. Que sea suicida no está claro para todos.

A menos que la Cristiandad comprenda que en la política de hoy se incluye la Religión y que cada paso de la vida, desde la cuna hasta el sepulcro, constituye el asunto de cada uno (bien de primer intento o por poder), y a menos que las gentes comprendan la existencia de la hermandad del hombre en la práctica o en ideales místicos; que a menos comprendan que necesitan que esta hermandad sea un hecho, si siguen manifestándose puntos de vista tergiversados, entonces se aceptará la oferta del comunismo de *alimento físico para el hambre espiritual*. Y la miseria espiritual seguirá su camino en crescendo.

¿Cuáles son los dogmas de esta creencia comunista?

Su profeta, Marx, creía, y así lo creen sus discípulos, que todos los medios de producción y riqueza de la Humanidad constituyen la medida por la cual puede medirse la estructura social. Las herramientas mejoran, pero el estado de la sociedad se queda atrás, porque los que están en el poder no

(1) Recuerda esto, salvando diferencias totales de principio, aquella teoría política de tiempos de Carlos II en España que se llamó "despotismo ilustrado", de raíz filantrópica, que era también un gobierno de minorías filantrópicas e ilustradas, y cuyo lema o síntesis era "todo por el Pueblo, pero sin el Pueblo".

quieren ningún cambio; y hay intervalos en que la sociedad está mucho más atrás de su potencial.

La diferencia es inaceptable, y de vez en cuando se producen reajustes violentos o evolutivos, pero decisivos, porque cada uno da por resultado el aniquilamiento de la clase que haya retrasado el progreso de la Humanidad.

“Así se extinguen—dijo Marx—, clase por clase, los enemigos de la perfección”; y hoy sus seguidores dicen que no hay más que dos clases: la capitalista y el proletariado.

La laguna entre los antagonistas aumenta rápidamente, porque la ciencia da a conocer sus descubrimientos cada vez con mayor rapidez a medida que pasan los años. El conflicto definitivo entre esos antagonistas debería llegar pronto; de otro modo, la laguna será demasiado grande para tender un puente. El conflicto es inevitable; el aniquilamiento del capital parece inevitable también. No puede haber ya ningún compromiso ni cambio gradual.

Todo eso en cuanto a Marx. Debería ser leído y estudiado, aunque moleste, pues es de sentido común el conocer a nuestro enemigo. Pero no tenía idea de un pequeño partido político, aparte de la clase que iba a liberar. Vislumbraba una vanguardia dentro de esa clase, que serían vencedores o mártires.

Lenin, el profeta número dos del comunismo, desarrolló la idea de un partido que por un momento pudo parecer que representaba una tercera clase, distinta de la clase trabajadora en su totalidad. De su obra *Un paso adelante, dos pasos atrás* citaremos este párrafo:

“Nosotros somos el partido de una clase, y... en el período de la guerra civil, toda la clase debería actuar bajo el mando de nuestro partido, debería adherirse a nuestro partido, lo más íntimamente posible... El olvidar la distinción entre la vanguardia y la totalidad de las masas que gravita hacia ella; el olvidar la constante labor de la vanguardia para elevar las capas cada vez mayores hacia un nivel lo más avanzado posible, significa seguramente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos propios a la inmensidad de nuestras tareas y empequeñecer esas tareas.”

El continuar en los caprichos de la *doctrina comunista* significa descubrir otra lógica pobre, igual que la de predicar una utopía de una clase por medio de un partido al que se previene de no identificarse con las masas. Pero hay pocos que se pasen a la creencia; escogen frases extrañas como lema (como el arriba citado): “La constante labor de la vanguardia”. Lemas para una cruzada. Este nuevo “ismo” es más una religión o mística que una “doctrina política”. Y las religiones inspiran igualdad si no se comprenden o aceptan completamente.

Muchos musulmanes fanáticos tomaban alcohol y muchos “cruzados de Corazón de León” no eran todos monjes enviados. El comunismo tiene una bandera, y por tanto, fué ganando seguidores. Es, en realidad, una “minoría”, y por tanto es interesante. Al parecer, está de parte del perro caído, y no establece distinción alguna entre el que está fuera de combate y el que yace en tierra sin espinazo.

La diferencia (muy sutil y enormemente importante) entre las teorías económicas socialista y comunista, se glosa fácilmente.

Dice el socialista:

“De cada uno, según su habilidad; a cada uno, según su trabajo.”

El comunista dice:

“A cada uno, según sus necesidades”; y fácilmente se le toma por un demócrata avanzado, en lugar de tomarle por un fanático extremado, que es lo que realmente es el comunista verdadero.

La existencia en Rusia de algunos “privilegios capitalistas” o “socialistas”—propiedad privada y el derecho a heredarla—; los elevados sueldos (salarios) en trabajos importantes (seguramente, “de acuerdo con su trabajo” (?)—que conduce a una aristocracia de dinero—, no ejerce influencia alguna en esta gran divergencia de lo que no debe ser considerado como dos partidos rojos (izquierda y extrema izquierda; ideas avanzadas e ideas muy avanzadas).

Conclusión.

Clausewitz definió la guerra como la continuación de una finalidad política. Puesto que la finalidad de Rusia y la de las poten-

cias occidentales son distintas, y puesto que no podemos alinearnos con la de Rusia, la guerra parece inevitable, y la sombra se convertirá en realidad.

La teoría revolucionaria del partido comunista parece estar entrelazada de manera inextricable con la política nacional rusa.

Pero hay, sin embargo, factores que dan motivo para tener todavía esperanzas, y el primero es que toda Rusia no está convertida todavía al comunismo. Hay un experimento que se halla en marcha. Una guerra deberá retrasar en varios años el éxito del comunismo marxista, y en esos años la política del partido comunista se modificaría, se sazónaría y aceptaría un compromiso. Si no lo hiciera, entonces vendría el fracaso por no poder proporcionar el prometido paraíso; tendrían que imponer una férrea disciplina y las penas necesarias para intentar mantener a todos los miembros dentro de las prácticas más puras; éstas inducirían, finalmente, incluso a las gentes más dóciles de los países orientales, a la revuelta. Durante años, el marxismo ha pasado a través del leninismo al stalinismo, y esto ha significado que la Rusia interior se ha suavizado, lo que no se ha visto en el exterior. Retrasemos con una guerra la conversión final, y acaso no llegue nunca. No desean luchar (combatir) por esta razón; los dirigentes del partido no se atreven. Sería inútil ganar una guerra en el extranjero y luego tener que renunciar a la victoria en la propia nación.

El segundo factor que puede inspirar esperanzas es que el comunismo, como todas esas creencias, desde el comienzo de los tiempos, logra mejor pesca en aguas turbias. Cuando, después de cualquier cataclismo, la Humanidad deja de gritar en tropel y de atender hogares individuales, el entusiasmo por las banderas y las marchas desaparece. Aunque el mundo está lejos de estar tranquilo, tiene menos perturbaciones que hace cuatro años. Incluso las conferencias, que con mucho hablar no conducen a parte alguna, han ayudado indirectamente. Hemos empleado tiempo para celebrarlas, y el tiempo cura, pues el hombre medio, al encontrar sólo promesas fuera de su propia puerta, se asea y cuida de los restos de su naufragio privado, y teniendo un techo y algo

de paz pierde mucho de su desenfadado descontento. Rusia, como hemos visto, no quiere guerra, porque ella mataría al éxito del comunismo. El comunismo no quiere paz, pues eso significa la terminación de su procreación (de gentes hambrientas, atemorizadas, desesperadas, sedientas de sangre).

De ahí la *guerra fría*, el elemento más perturbador que los políticos rusos hacen emplear al comunista. Más, significaría la guerra verdad; menos, sería la paz. Cualquiera de ellas dos sería la terminación del partido; lo sabemos y lo saben ellos.

Clausewitz tenía razón: "La guerra es la continuación de una finalidad política"; pero la finalidad puede cambiar. Aquí será así si nosotros añadimos en la balanza nuestro propio factor, que no puede predecirse y que puede pesar más que las cabezas frías del Kremlin.

Nuestro propio factor sería una fuerte defensa que esté apoyada en espacios limpios. Estos esfuerzos deberán ser menos claramente anticomunistas que pro-británicos, pro-decencia, pro-sentido común.

El comunismo (casi credo de jungla) se engendra en las marismas cenagosas, de las que la Humanidad debe elevarse. El esfuerzo de cada uno de nosotros deberá ser para elevar y sacar nuestras vidas de ese pantano. Todos y cada uno deberán tener honradez en todo acto, en cada minuto. El capital, por culpa del cual se supone que estamos corrompidos, puede ser una enfermedad; puede ser también un medio maravilloso para lograr la seguridad, la confianza, la independencia, el honrado pensamiento de hombre a hombre, para el país y los individuos.

Rusia no es una sombra. Es una comunidad muy tangible de naciones, unidas por el comunismo. La sombra es proyectada por el cuerpo de nuestros propios hábitos egoístas, por nuestro conocimiento culpable de los peligros que estos hábitos fomentan; peligros que nuestra flojedad hace que sean enormes.

Nosotros detestamos los pantanos cenagosos; debemos recordar que son fango y agua estancada, podrida.

Podemos movernos; debemos movernos. ¡Arriba!